



1

Al general Suárez le gustaba demostrar constantemente que, *a pesar de ser* muy rígido en cuestiones de disciplina, también se preocupaba mucho del bienestar de sus soldados. Un día fue a la cocina con intención de probar la comida de los soldados.

Se acercó a una caldera que *echaba humo* y ordenó:

—Tráiganme una cuchara.

—Pero, mi general...—comenzó a decir el sargento.

—Cállese—le interrumpió el general.

El general tomó varias cucharadas y finalmente gritó al sargento de cocina:

—Esta comida es mala, parece agua de fregar los platos.

Todo el mundo se quedó callado sin saber qué hacer. Finalmente, uno de los soldados, muy nervioso y atemorizado, se atrevió a decir:

—Sí, mi general; es que es agua de fregar los platos.

a pesar de ser = aunque era.

echaba humo = desprendía humo, humeaba.



2

Tobías quería comprar en el mercado una vaca, pero como no tenía suficiente dinero le propuso a un amigo suyo comprarla entre los dos a partes iguales. Así lo hicieron y Tobías se llevó la vaca a su casa para cuidarla. Desde entonces todos los días iba a pedirle dinero a su amigo para comprar comida para la vaca, pero nunca le daba parte de la leche que la vaca producía. Finalmente, el amigo, cansado de pagar sin recibir nada a cambio, pidió explicaciones a Tobías. Este se lo explicó así:

—La cosa es muy fácil: la vaca es de los dos y tú eres dueño de la parte de delante, que es la que come, y, *por tanto*, tienes que pagar la comida. Y yo soy dueño de la parte de atrás, que es la que produce la leche, y por eso me quedo con ella.

por tanto = consecuentemente.



3

El presidente de una república hispanoamericana quiso saber *hasta qué punto* le apreciaba su pueblo. Y disfrazándose con un bigote y unas gafas salió a la calle vestido de obrero.

Después de pasear un rato comprobando que nadie le reconocía, decidió entrar en un cine. Antes de la película apareció en las noticias el propio presidente, pronunciando un discurso; la gente inmediatamente se puso a aplaudir con gran entusiasmo. Todos, menos el propio presidente, que permanecía sentado, sin aplaudir, disfrutando de la popularidad de que gozaba entre su pueblo.

Pero, de pronto, el vecino que ocupaba el asiento de al lado le *llamó la atención* y le dijo en voz baja:

—Aplaude, imbécil, ¿o es que quieres que nos lleven a todos a la cárcel por tu culpa?

hasta qué punto = cuánto, en qué grado.

llamar la atención = avisar, prevenir.



4

El señor Muñoz era un hombre muy tacaño. Una vez fue a ver una película de misterio a un cine que había cerca de su casa. Esta clase de películas les gusta mucho a ciertas personas y pasan un buen rato durante la hora y media que dura la película tratando de descubrir quién es el asesino.

El señor Muñoz compró su entrada del precio más barato que había y entró en el cine.

Un acomodador lo acompañó hasta su asiento y estuvo esperando unos momentos para que le diera la propina. Como el señor Muñoz no hiciera ningún gesto de darle dinero, el acomodador, para vengarse, le dijo:

—Le deseo que disfrute usted viendo la película. El asesino es el novio de la chica.



5

Un avión volaba de París a Nueva York. Todo parecía normal y tranquilo mientras el avión volaba sobre el mar. Los pasajeros leían, dormían o hablaban con los vecinos de asiento.

De pronto una luz roja se encendió encima de la cabina de los pilotos. La azafata fue rápidamente a la cabina. Al poco rato la azafata salió y, dirigiéndose a los pasajeros del avión, les preguntó:

—¿Hay aquí alguno que crea en la vida futura?

Un joven delgado, con gafas, respondió inmediatamente:

—Sí, yo creo.

—¡Estupendo! —contestó la azafata—. El avión está averiado, los motores se han parado, vamos a estrellarnos y nos falta un aracaídas.



6

Un director de un banco conoció a una joven actriz que trabajaba en el teatro. Los dos se hicieron muy amigos y pronto el director le pidió que se casara con él; ella accedió encantada.

Sin embargo, el director tenía ciertas dudas sobre la conducta de su futura esposa porque las actrices *suelen* llevar una vida algo alegre: conocen muchos hombres y salen con unos y con otros; por esto decidió encargar a una agencia de investigación que investigara sobre la vida de su novia.

Después de unas semanas, el detective privado encargado de la investigación le envió por correo el siguiente informe:

«La señorita Martín ha llevado siempre *una vida ejemplar*. Es conocida por todo el mundo como una chica decente y honesta. Sólo en los últimos tiempos se la ha visto acompañada de un individuo de profesión banquero, que tiene fama de ladrón y *sinvergüenza*.»

suelen (del verbo irregular *soler*)=acostumbran.

na vida ejemplar=una conducta intachable, un comportamiento irreprochable.



7

En las olimpiadas internacionales que se celebran cada cuatro años, se reúnen atletas de todos los países del mundo. Estos atletas corren, saltan, nadan, levantan pesos, hacen gimnasia y otros muchos ejercicios. Al final los mejores atletas reciben como premio medallas de oro, plata o bronce.

En unas olimpiadas había sido una sorpresa la actuación de un joven atleta en la especialidad de lanzamiento de martillo, y había ganado la medalla de oro de la especialidad.

Los periodistas corrieron a entrevistar al joven atleta. Uno de ellos le preguntó:

—¿Cómo ha conseguido usted llegar a ser el mejor atleta de lanzamiento de martillo?

El deportista, con humor, respondió:

—Verán, es que soy andaluz, y en mi tierra, cuando vemos un instrumento de trabajo, procuramos tirarlo lo más lejos posible.



8

Con motivo de la fiesta del cumpleaños del alcalde del pueblo de Tobías, los vecinos pensaron en regalarle un tonel de vino, para lo cual decidieron que cada uno de los habitantes del pueblo llevaría una botella de vino de su casa.

A Tobías no le gustaba la idea de regalar nada y pensó que si echaba en el tonel una botella llena de agua en vez de vino y mezclaba el agua de su botella con el vino de los demás, nadie podría darse cuenta. Y, efectivamente, así lo hizo.

Llegó el día de la fiesta y el alcalde decidió delante de todos los vecinos sacar un vaso del tonel para probar el vino.

Pero, con gran sorpresa por su parte, vio que del tonel salía solamente agua pura, porque todos los vecinos habían tenido la misma idea que Tobías.



9

Un coche al pasar por delante de un manicomio sufre un pinchazo.

El conductor se apea y cambia la rueda, pero cuando va a poner la rueda de repuesto no encuentra ninguno de los cuatro tornillos.

El pobre hombre empieza a buscar los tornillos, pero no consigue encontrarlos por ningún lado. Sigue buscándolos durante más de media hora y mientras tanto, uno de los locos del manicomio, que ha estado mirando, se dirige al conductor y le dice:

—Eh, oiga, su problema es muy fácil de resolver, quite un tornillo a cada una de las otras ruedas y póngaselos a ésta. Con esto podrá llegar hasta el próximo garaje que hay en la carretera.

—¡Muchas gracias!—responde el conductor—, pero ¿cómo se le ha ocurrido esa idea siendo un...?

—Sí, tiene usted razón en lo que está pensando; soy un loco, pero no un tonto.

al pasar por delante = cuando pasaba...
sufrir un pinchazo = tener un pinchazo.



10

Un grupo de señoras que pertenecían a una organización anti-alcohólica fueron a un cuartel a hablar a los soldados de los males que produce en el cuerpo humano el alcohol. Las señoras dieron varias conferencias a los soldados que, obligados a ir a las conferencias, tuvieron que soportar pacientemente todos los consejos de las buenas señoras. Además éstas pidieron permiso al general que estaba al mando del cuartel para poner en diversos lugares del mismo carteles con diversas advertencias sobre el alcoholismo.

En uno de estos carteles, que estaba situado en el patio del cuartel, se podía leer:

«El alcohol es el mayor enemigo del hombre, que lo va destruyendo día a día, hasta matarlo.»

Cuando las señoras acabaron su visita al cuartel y se disponían a marcharse, observaron con horror que debajo del cartel que había en el patio alguien había escrito:

«Un buen soldado no teme a la muerte.»



11

Una joven que se había casado hacía unos pocos días volvió a casa de sus padres, llorando a gritos y con la maleta en la mano. Muy triste les explicó que su marido le había dado una bofetada. Su madre se indignó mucho al oír esto, pero el padre, que tenía un gran sentido del humor, más tranquilo, le preguntó a su hija:

—¿En qué mejilla te ha pegado ese sinvergüenza?

—En la izquierda, papá—respondió la hija.

—Es horrible—dijo el padre—, pero te aseguro que esto *no quedará sin venganza*.

Y, dándole una fuerte bofetada en la mejilla derecha, añadió:

—Vete ahora a tu casa y le dices a tu marido que si vuelve a pegarle a mi hija, yo le volveré a pegar a su esposa.

no quedará sin venganza = esto tendrá su castigo, se le hará pagar por ello.



12

Una mañana la señora Castro encontró la cocina de su casa en el mayor desorden. Los platos, los vasos, las botellas, los cuchillos y todas las demás cosas se encontraban tiradas por el suelo. Al ver aquello, la señora Castro se enfadó mucho y comenzó a buscar a sus dos hijos, María y Antonio, para castigarlos porque creía que ellos eran los culpables de aquel desorden.

Al salir de cocina en busca de los niños se encontró con su marido, que salía del cuarto de baño, y le preguntó si sabía dónde estaban María y Antonio.

—¿Para qué los quieres?—preguntó el señor Castro.

—¿Para qué los quiero?—respondió indignada la señora Castro—. Ven a la cocina y verás lo que han hecho esos sinvergüenzas.

—Tranquilízate—dijo el señor Castro—, que los pobres no tienen ninguna culpa. Lo de la cocina lo he hecho yo.

—¿Tú?—dijo extrañada la señora Castro.

—Sí, yo, y lo he hecho porque tú, *a pesar de* mis advertencias, continúas ordenando los libros y los papeles de mi mesa de trabajo y, por tanto, he decidido hacer lo mismo y ordenarte tu cocina.

a pesar de = sin tener en cuenta.



13

El ejército estaba realizando unas maniobras militares.

Una campesina, que llevaba en la mano dos bolsas llenas de verduras, se dirigió por la carretera hacia el puente que cruzaba sobre el río; pero, al llegar al puente, un soldado, que estaba haciendo guardia, le *dio el alto* y le dijo:

—Lo siento, no puede pasar.

—Pero ¿por qué?—protestó la campesina—, si tengo que ir al pueblo para vender las verduras.

—Lo siento—le respondió el soldado—; pero no puede pasar porque el puente ha sido destruido por el enemigo.

—¿Destruído?—se asombró la campesina—. Pero si estoy viendo con mis ojos que está ahí.

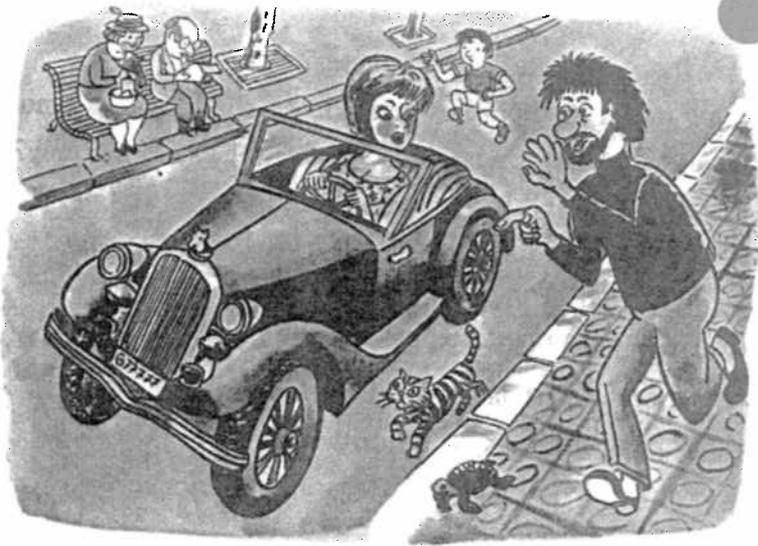
El soldado no aceptó las razones de la campesina y se negó a dejarla pasar. Ésta, enfadada, se dirigió a otro soldado que estaba *tumbado* en el suelo cerca de allí:

—Oiga, su compañero debe de estar loco; dice que el puente está destruido y no me deja pasar.

—Lo siento, señora; pero no puedo hablar con usted porque estoy muerto; hace tres horas que me mató un soldado enemigo.

dar el alto = decir que se pare.

tumbado = echado o tirado en el suelo.



14

Las mujeres tienen fama de malas conductoras de coches y por eso es frecuente que los hombres, al ver a una mujer conduciendo, les gasten algunas bromas.

Un día la señorita Laly, que había aprendido a conducir hacía poco tiempo y aún no se sentía muy segura de sí misma, iba conduciendo muy despacio por una calle de la ciudad cuando un joven se le acercó corriendo y le dijo con cara asustada:

—Señorita, la rueda izquierda de atrás de su coche va dando vueltas.

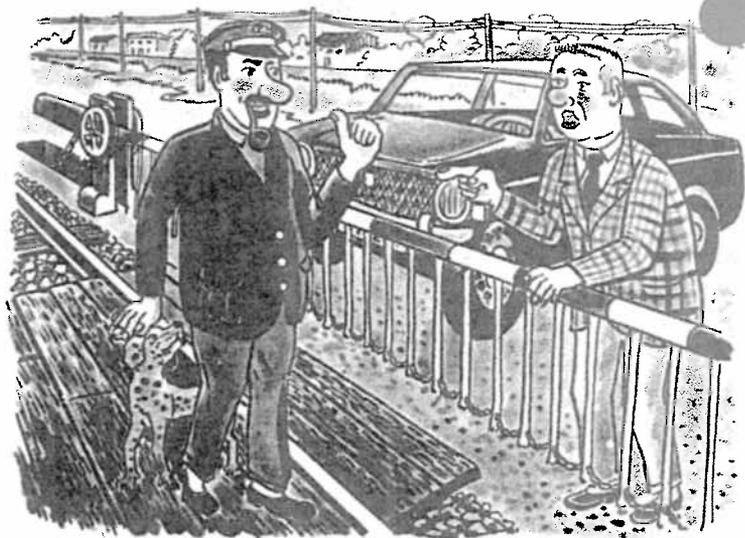
La señorita, muy preocupada, paró el coche en seguida, se apeó y empezó a mirar la rueda de atrás. Pero como no entendía de mecánica de coches decidió llevar el coche a un garaje cercano, donde al contar lo que había pasado, todos comenzaron a reír y le explicaron a la señorita la broma que le había gastado el joven.



15

En la casa de los señores Ávila se estaba celebrando un gran baile de disfraces. Los amigos de los señores Ávila habían ido a la fiesta vestidos con los trajes más diversos. Uno se había disfrazado de soldado romano, otro de explorador africano, otro de Napoleón, otro de pirata, otro de indio. Las mujeres iban vestidas de princesa, Cleopatra, de gitana, etc. Todo el mundo llevaba barba, narices, bigotes falsos, etc. Pero lo que más llamó la atención en la fiesta fue un caballo que se acercaba a las mesas de las bebidas y luego a la mesa de los bocadillos y pasteles; desaparecía por unos momentos y volvía de nuevo a acercarse a la

Hacía esto una y otra vez hasta que, por fin, el dueño de la casa se decidió a seguir al caballo. Salió de la casa, se dirigió al jardín y se ocultó detrás de unos árboles. Acercándose con cuidado para no hacer ningún ruido, el señor Ávila vio con sorpresa a un grupo de más de treinta niños que estaban junto a su hijo Enrique esperando a que los dos últimos chicos se quitaran el disfraz de caballo para ponérselo ellos y poder disfrutar también de la fiesta.



16

Un automóvil se paró ante una barrera que había junto a la vía del tren. Esperó más de diez minutos, pero al fin la barrera se levanta para permitir que pasen los coches.

Sin embargo, como el automovilista no había visto pasar ningún tren, se acercó al encargado de la barrera y le dijo:

—Oiga, perdone, ¿ha pasado algún tren?; porque yo no lo he visto.

El encargado de la barrera le contestó tranquilo:

—¿Que si ha pasado algún tren? ¡Ah, no! Hoy no pasan los trenes; el sindicato de empleados y trabajadores ha decretado huelga.

—Entonces, ¿por qué ha bajado usted la barrera impidiendo pasar los coches?

—Porque nuestro sindicato no ha ordenado ninguna huelga y era la hora de que pasara el tren que va de Barcelona a Madrid.



17

Un profesor de botánica llevó a casa una seta muy grande y ordenó a la cocinera que la preparara y la sirviera en la cena.

Cuando sirvieron la seta, el profesor amablemente se la ofreció a su mujer. Esta quedó muy contenta por la atención que su marido había tenido con ella; se la comió y dijo que estaba muy buena.

A la mañana siguiente el marido le preguntó a su esposa:

—¿Has dormido bien esta noche, querida?

—Estupendamente—replicó ésta.

—¿Y no has tenido molestias o algún dolor en el estómago?
—insistió el profesor.

—Absolutamente nada.

—Estupendo—dijo el profesor—. Entonces he descubierto una nueva especie de seta no venenosa.



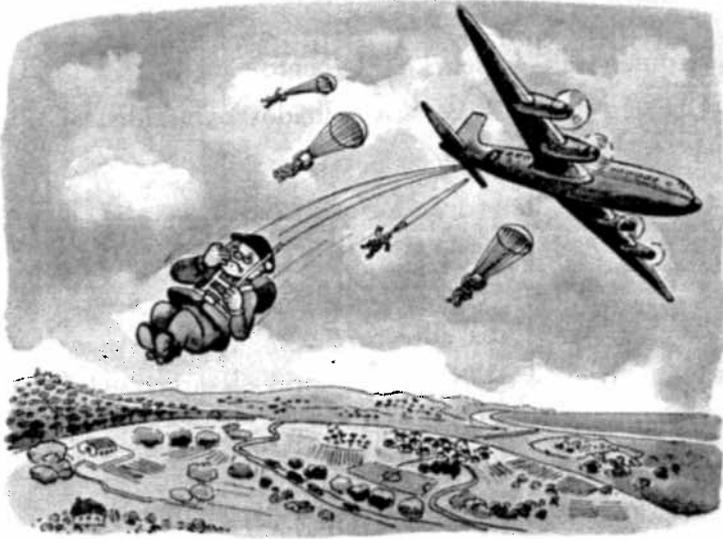
18

Al pasar por un puente un joven soldado vio a un hombre que había caído al agua y que, al parecer, iba a ahogarse porque no sabía nadar. Sin dudarle un momento se tiró al agua para salvarlo. Cuando consiguió llevarlo a tierra firme se dio cuenta de que era el sargento de su compañía. Este, medio ahogado, le dijo agradecido:

— ¡Gracias, muchacho; me has salvado la vida! ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

El soldado, no muy contento al parecer, respondió:

—Lo mejor que puede hacer por mí es no decir a nadie que lo he salvado, porque si se enteran en el cuartel lo más seguro es que me rompan la cabeza.



19

En un avión del ejército, el sargento da órdenes a los paracaidistas:

—Dentro de cinco minutos nos lanzaremos de este avión que vuela a 400 metros de altura. Cuando lleguéis a los 300 metros, tirad de la cuerda roja y se abrirá el primer paracaídas. A los 200 metros, tirad de esta cuerda verde y se abrirá el segundo paracaídas. Cuando lleguéis a tierra dirigiros hacia el bosque, donde están los camiones que nos llevarán al lugar de batalla.

El sargento abre la puerta del avión y el primer soldado se lanza al espacio. Al llegar a los 300 metros tira de la cuerda roja, pero el paracaídas no se abre; al llegar a los 200 vuelve a tirar de la cuerda verde y el otro paracaídas tampoco se abre.

El soldado, decepcionado, piensa:

— ¡Qué mala organización! Apostaría cualquier cosa que cuando llegemos a tierra tampoco estarán los camiones esperándonos.



20

El director de una cárcel se interesó por un joven muy inteligente y simpático que estaba allí por haber robado *a mano armada* en un banco.

El joven era analfabeto y el director se preocupó de que aprendiera a leer y a escribir para que se pudiera ganar la vida honradamente.

Cuando terminó su tiempo en la cárcel el joven fue puesto en libertad. Pero a los tres meses la policía volvió a traerlo a la cárcel. El director sintió mucho el verlo de nuevo allí y le dijo:

—Veo que, por desgracia, no te ha servido para nada todo lo que te enseñamos aquí.

—Oh, no lo crea, claro que me ha servido; esta vez me han condenado por falsificación de cheques.

a mano armada = utilizando pistola o escopeta, etc.



21

Un día vino al pueblo un famoso conferenciante y Tobías fue a escucharle junto con otros muchos vecinos del pueblo. El conferenciante hablaba muy bien y todo el mundo estaba muy contento de poder oírle.

Al final de la conferencia, un grupo de personas, entre las que se encontraba Tobías, se acercó a hablar con el conferenciante.

Todos felicitaban a éste por su extraordinaria conferencia, menos Tobías, que, cuando le preguntaron su opinión, dijo:

—A mí no me ha gustado nada y me parece muy poco original porque todo lo que ha dicho, palabra por palabra, está en un libro que yo tengo en casa.

Esta respuesta sorprendió mucho a los oyentes y especialmente al conferenciante, que se enfadó mucho y le pidió a Tobías que le enseñara ese libro.

Al día siguiente Tobías le envió al conferenciante un libro acompañado de una nota que decía:

«Como podrá comprobar, todas las palabras que usted dijo se encuentran aquí.»

Cuando el conferenciante miró el libro que le había enviado Tobías vio que era un diccionario.



22

El profesor Fuentes enseñaba Matemáticas en la Universidad. Era un hombre muy despistado, pero todos sus compañeros lo consideraban un genio. Una vez fue de visita a casa de un amigo que era también profesor en la Universidad. Hablaron durante mucho tiempo y cuando llegó la hora de cenar, el profesor fue invitado a cenar con la familia. Cuando estaban cenando comenzó a llover fuertemente, de tal manera que, al final de la comida, el amigo no permitió que el profesor Fuentes volviera a su casa porque con tanta lluvia podría ponerse enfermo y le obligó, pese a las protestas del profesor, a que se quedara a dormir en la habitación de invitados que había en la casa. El señor Fuentes protestó, pero al final tuvo que quedarse. Mientras la señora de la casa preparaba la habitación, el profesor Fuentes desapareció sin que nadie lo advirtiera y a la media hora llamó a la puerta de la casa, completamente mojado por la lluvia. Ante la sorpresa de su amigo, el profesor Fuentes explicó:

—Es que he ido a coger mi pijama, porque sin pijama no puedo dormir.



23

Un amigo de Tobías llevó a sus hijos a la feria para que se divirtieran. A los niños les gusta mucho ir a la feria porque se montan en los caballitos que suben y bajan dando vueltas y también porque se suben en los coches que chocan unos contra otros, porque comen patatas fritas y caramelos y otras muchas cosas.

Cuando paseaba por la feria vio con sorpresa que Tobías estaba montado en uno de los caballitos de la feria. Al amigo le extrañó mucho que Tobías, que ya era mayor, se divirtiera en algo que es sólo para niños, y su asombro fue mayor cuando vio que unos niños se apeaban y otros se montaban, pero Tobías seguía allí montado en su caballito una y otra vez. Por fin se acercó a Tobías y le preguntó:

—Te gusta mucho pasearte en los caballitos, ¿verdad?

—¿Gustarme?—respondió Tobías—. No, en absoluto; al contrario, los odio; pero qué quieres que haga; el dueño de esto me debe desde hace mucho tiempo cuatrocientas pesetas y como no quiere pagármelas, ésta es la única manera que tengo de cobrar las cuatrocientas pesetas.



24

Una anciana señora decidió pasarse unas vacaciones en el extranjero. Como aún no tenía decidido qué país visitaría, fue a una agencia de viajes para pedir información.

El empleado le dio una completa información de los sitios más usuales en este tipo de viajes: París, Londres, Venecia, las islas Hawai, etc. Pero nada parecía interesar a la buena señora. Por fin, el empleado le dijo enseñándole un globo terráqueo:

—Busque usted aquí y dígame el sitio que le interesa porque nuestra agencia puede organizarle el viaje en cualquier parte del mundo.

La anciana señora empezó a dar vueltas al globo, mirando con gran atención, y después de un largo rato le dijo, decepcionada, al empleado:

—Ninguno de los sitios que veo aquí me llama la atención. ¿No tiene usted otros globos?



25

Una anciana señora, que tenía su gata enferma, llamó por teléfono, preocupada, al veterinario:

—Tiene usted que venir a casa, mi gatita se encuentra muy enferma.

El veterinario se dirige a casa de la señora rápidamente, examina a la gata y le dice sonriendo a su dueña:

—No es nada grave y no tiene por qué preocuparse; simplemente que su gata va a tener gatitos.

—Pero eso es imposible—exclamó la señora horrorizada—; pero si nunca ha salido de casa.

En ese momento un gato negro salió de debajo del sillón.

—Y éste, ¿qué?—preguntó divertido el veterinario—. Mire cómo no ha sido necesario que salga de casa. Aquí tiene al responsable.

—¿Éste?—responde la anciana escandalizada—. ¡Pero si es su hermano!



El director de unos grandes almacenes dio a una joven empleada el premio a la mejor vendedora del año. La joven, después de recibir el premio y las felicitaciones de los compañeros, explicó a un grupo de éstos el secreto de su éxito como vendedora.

—Este año he estado en la sección de ropa de caballeros vendiendo corbatas. Yo tenía dos cajas, en una ponía las corbatas a trescientas cincuenta pesetas y en otra a cien pesetas, pero, en realidad, todas eran del mismo precio. Cuando un cliente se acercaba, yo me hacía la distraída y me volvía de espaldas, momento que aprovechaba el cliente para poner unas cuantas corbatas de trescientas cincuenta pesetas en la caja de las de cien pesetas. Luego cogía otras cuantas más para despistar; las pagaba rápidamente y se iba contento creyendo haber hecho un gran negocio.



27

Andrés, el hijo mayor de Tobías, fue a la ciudad para comenzar su carrera en la Universidad. La vida entre los estudiantes era alegre y divertida, el dinero se gastaba rápidamente en los bares y cines de la ciudad, y nadie se preocupaba de estudiar ni de ir a clase. Por eso, al poco tiempo, Andrés le escribió una carta a su padre en la que le pedía 5.000 pesetas para sus gastos, pues lo que le enviaba no era suficiente para este tipo de vida.

Tobías contestó a esta carta con otra, en la que decía:

«Te mando el dinero que me pides, pero te tengo que decir que estoy muy descontento con la enseñanza que te dan en la Universidad, donde al parecer os enseñan mal, porque 500 pesetas se escribe con dos ceros y no con tres, como tú lo escribes.»



En una escuela el profesor trataba de explicar a los alumnos lo malo que era para la salud beber alcohol.

Para demostrárselo de una manera práctica llevó dos vasos, uno con agua y otro con ginebra.

—Prestad mucha atención—dijo el profesor a los alumnos— a lo que voy a hacer—y echó un gusano en cada uno de los vasos—. Fijaos que en el vaso con agua el gusano sigue viviendo, mientras que en el vaso con ginebra, el gusano muere. ¿Qué consecuencias debemos sacar de este hecho?—añadió, dirigiéndose a uno de los alumnos más inteligentes de la clase.

—Esto nos enseña—contestó el alumno muy satisfecho de sí mismo—que, si no queremos tener gusanos en el estómago, tenemos que beber ginebra en vez de agua.



29

Tobías creía que el futuro de los hombres estaba escrito de antemano. Una vez un hijo suyo llamado Andrés, que conocía la forma de pensar de su padre, decidió aprovecharse y le robó una gran cantidad de dinero.

Tobías se dio cuenta de la desaparición de su dinero y descubrió al culpable, y después de reprocharle su conducta lo castigó severamente. Andrés, creyendo que se escaparía fácilmente del castigo, dijo a su padre que estaba escrito que él había de robar y que no pudo hacer nada para evitar lo que ya estaba escrito que así habría de suceder.

Tobías, sin *hacer caso* de la disculpa, le respondió:

—Es verdad que, como estaba escrito, tú tuviste que robar; pero también estaba escrito que habías de ser castigado por ello y yo tampoco puedo hacer nada por evitarlo.

hacer caso = prestar atención.



30

La señora Luján era muy presumida y creía que todo el mundo estaba enamorado de ella.

Una noche que daba una fiesta en su casa estaba hablando con un médico amigo de la familia y con una voz muy dulce le dijo:

—Daría cualquier cosa por saber lo que hay en su corazón.

El médico, que tenía un gran sentido del humor, se limitó a contestarle:

—Eso es muy fácil, señora; dentro de tres días recibirá por correo la respuesta a su pregunta.

La señora se creyó que el doctor era tímido y prefería expresar su amor por escrito.

Pero, cuando llegó por fin la esperada carta del doctor, la señora Luján encontró dentro una radiografía que el irónico doctor se había hecho.



31

Tobías era conocido entre sus vecinos por su tacañería. Un día que se sentía enfermo, en vez de ir a visitar al médico, decidió ir a una fiesta a la que iría también el médico del pueblo.

Durante la fiesta se acercó Tobías al médico, que se apellidaba Sánchez, y después de hablar del tiempo y de otros temas generales, le hizo la siguiente pregunta, como si fuera un comentario:

—¿Qué le recomendaría usted a uno que tuviera muchos dolores de cabeza, tosiera y que se cansara con mucha frecuencia?

El médico, que conocía la tacañería de Tobías, le respondió:

—Le recomendaría que fuera a ver inmediatamente al doctor Sánchez a su consulta, de diez a doce de la mañana o de cuatro a seis de la tarde.



32

Cuando Tobías tenía 21 años tuvo que ir al ejército. Le dieron su uniforme y su fusil y le enseñaron a hacer la instrucción. Esta no era muy difícil, pero Tobías se equivocaba siempre. Cuando tenía que ir a la derecha, se dirigía a la izquierda, y cuando tenía que dar media vuelta, seguía andando en línea recta. Por eso, Tobías estaba casi siempre castigado fregando los platos y las calderas en la cocina.

Un domingo Tobías paseaba por la calle de la ciudad y pasó junto al capitán sin hacerle el saludo militar. Este, enfadado, le dijo:

—¿Cómo es que no me saludas? ¿Es que ni siquiera conoces las estrellas de capitán?

—Conocerlas, claro que las conozco—respondió muy tranquilo Tobías—; pero como ayer me gritó y me castigó usted por hacer mal la instrucción, pensé que aún estaría enfadado conmigo.



El alcalde del pueblo de Tobías era odiado por todos los habitantes del pueblo.

Solamente la madre de Tobías, que era una mujer muy anciana, no hablaba mal de él, ni le insultaba, ni deseaba que fuera expulsado de su puesto de alcalde. Extrañado el alcalde, al saber que había una mujer que no pedía que fuera echado de su puesto, fue a verla para preguntarle el motivo. La madre de Tobías respondió:

—Cuando yo era muy joven, teníamos un alcalde ladrón y sinvergüenza; entonces pedí, junto a todos los demás vecinos del pueblo, que fuera expulsado; pero el alcalde que nombraron después era más ladrón y más sinvergüenza que el anterior. De nuevo pedimos que quitaran a ese alcalde, y te pusieron a ti en su lugar, que eres mucho peor que los otros dos. Por eso ahora no pido que te expulsen, porque me temo que el alcalde que venga después de ti sea aún peor de lo que eres tú.



34

En la sección de mujeres de un hospital apareció un joven con una maleta en la mano, corriendo a gran velocidad por los pasillos del hospital, y tirando al suelo a todas las personas que encontraba al paso.

Una enfermera que había escapado, por poco, de ser atropellada por el apresurado joven, se dirigió a un médico y le dijo:

—Ese hombre debe de estar loco; sería necesario que lo cogieran antes de que haga algo peor.

—No se preocupe—respondió el médico—, no está loco, sólo un poco nervioso: es la primera vez que su esposa va a tener un niño y al llegar aquí se ha dado cuenta de que se ha olvidado a su mujer en su casa.



36

Era el primer día de clase en la escuela, y Ramón, el hijo pequeño de Tobías, iba a ir por primera vez a la escuela. Los padres estaban muy preocupados porque el niño no quería ir y lloraba mucho. Su madre, sin hacer caso de sus lloros, lo lavó, lo peinó, le obligó a tomarse el desayuno y le dio los libros, lápices y el cuaderno.

Luego, pese a las protestas del niño, lo llevó hasta la puerta de la escuela y antes de despedirse le dijo para animarlo:

—Tonto, pero si en la escuela se pasa muy bien; verás cómo podrás jugar con muchos niños.

A la salida de su primera clase, Tobías y su mujer esperaban a su hijo con preocupación, pero al verlo venir contento y sonriente se tranquilizaron.

—¿Ves—le dijo la madre—cómo estás contento?, ¿cómo no tenías motivos para llorar esta mañana?

—Mamá, por favor—replicó el niño—; no confundas la ida con la vuelta.



Una vez un príncipe árabe fue de visita al pueblo de Tobías. Como se hace siempre en estos casos, el alcalde dio una comida en su honor y luego le enseñó las escuelas, las casas antiguas y los monumentos del pueblo.

Entre los monumentos artísticos que vieron se encontraba la iglesia, y el príncipe fue invitado a visitarla, aunque no era de religión cristiana. Recorrieron la iglesia y el convento de monjas que estaba junto a ella.

Al terminar la visita a la iglesia, el alcalde le pidió su opinión al príncipe y éste le contestó:

—El edificio es muy elegante y el señor cura, muy simpático; pero, la verdad sea dicha, su harén *deja mucho que desear*.

dejar mucho que desear = es muy malo.



38

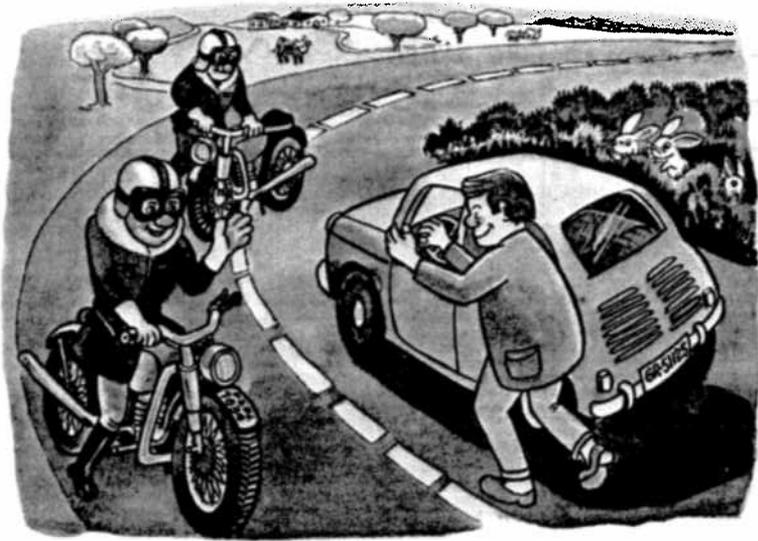
Un señor que va en tren en un compartimento de segunda clase, en el que hace un frío muy grande, llama al revisor y se queja:

—Me he dado cuenta de que en todo el tren el único sitio donde no funciona la calefacción es éste; por ello exijo que haga usted algo inmediatamente para solucionarlo.

El revisor, amable, lo tranquiliza:

—No se preocupe, tenga un poco de paciencia, que en unos segundos quedará todo resuelto.

Unos minutos más tarde llega un empleado con una caja, la abre y saca de ella un cartel que cuelga sobre la puerta del compartimento, en el que se puede leer: «Calefacción rota».



49

El señor Matías era un hombre muy tímido y cumplidor de las leyes. Nunca hacía nada que estuviese prohibido; ni tiraba papeles en el suelo, ni pasaba los semáforos con luz roja, ni hacía ruido por la noche para no despertar a los vecinos.

Una vez la policía de carretera vio al señor Matías empujando un coche por la carretera. La policía se paró al verle y se dirigieron a ayudarle.

—Buenos días, ¿le podemos ayudar en algo? ¿Tiene usted alguna avería o se ha quedado sin gasolina?—dijo uno de los policías.

—No, no es eso, muchas gracias—respondió el señor Matías—. Es que hace un rato me he dado cuenta de que he olvidado el permiso de conducir en casa.